

ESPAÑA PINTORESCA

DESDE CANGAS DE ONIS

A LOS PICOS DE EUROPA

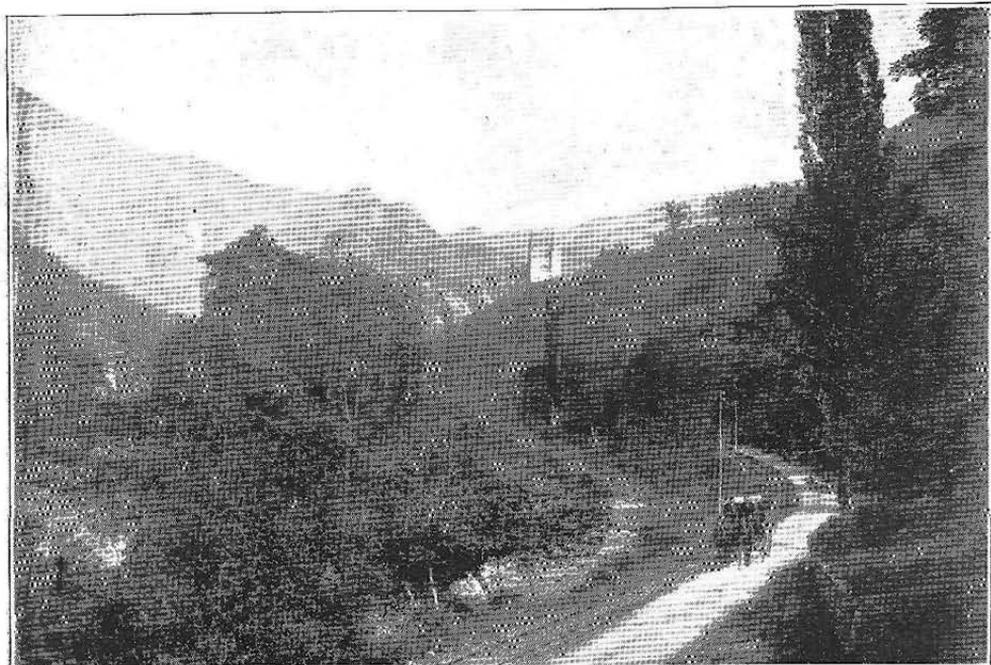
FUE aquella mañana una de las más hermosas que el incomparable otoño asturiano brinda al turista para realizar excursiones por la montaña.

El cronista había planeado matemáticamente su gira.

Salgo tal día —se había dicho—; llego á tal hora á Cangas, almuerzo opíparamente

en casa de Baldomero, tomo el tranvía de las seis cuarenta y cinco, y á las siete y media, estrecho en Covadonga la mano del hospitalario y caballeroso canónigo D. Manuel Alea; luego, de sobremesa, combino asesorado por el simpático Enrique Victore-ro, director del Gran Hotel Pelayo, mi excursión al lago Enol.

Pero por algo reza el viejo adagio caste-



El camino desde Cangas de Onis á Covadonga

llano que, «el hombre propone y Dios dispone.» Esta vez Dios delegó en mi excelente y noble amigo el conde de la Vega del Sella, que ya en la estación de los Económicos, en Oviedo, me detiene cariñosamente y me dice:

—¿Dónde va el cronista?

—A Covadonga.

—Imposible.

—¿Cómo que imposible? —replico.

—Estáis comprometido de modo inexcusable para asistir á una importante ceremonia.

—Pero, si...

—No hay excusa...

Y el conde me muestra una carta de Pepe Saro, en la que se me conmina, bajo pena de excomunión, á asistir á la boda de su encantadora hermana Amalia.

En aquel momento llega el marqués de Santa María de Carrizo con su bellísima hija Isabel.

—¿Vamos á la boda?—Nos dice, después de cambiados los saludos de rúbrica.

—Decididamente—respondo.

Y la conversación gira en derredor de la solemnidad nupcial que espera á Amalia Saro y á su prometido Julio Piernas de Tineo, primogénito de los marqueses de Vista Alegre.

A las cinco y un minuto la locomotora lanza el silbido anunciador de la partida, y fatigosa al principio, veloz después, nos lleva á través de esta rica y bella campiña asturiana.

Durante el camino se habla de todo: de política, de arte, de sociedad.

Lo que de política se habló, es fácilmente presumible, sabiendo que el Marqués de Santa María de Carrizo es un senador fervorosamente maurista y católico convencido. Consiguientemente el Marqués dijo pestes del Gobierno actual por sus recientes disposiciones sobre materia religiosa, y también por sus complacencias con los enemigos de la dinastía.

De arte, comentamos los atrevimientos del genialísimo pintor gijonés Evaristo Valle, que se dispone á reanudar su invernada artística en París al ludo del gran Zuloaga, y de los positivos adelantos de otro pintor, también gijonés, Nicanor Piñole, que presentó varios lienzos en la Exposición Internacional de Buenos Aires, donde acaba do obtener una tercera medalla.

El resto del tiempo que invertimos en el viaje, nos lo absorbió la feliz pareja que nos esperaba.

Pondré punto final á este grato episodio inicial de mi viaje, diciendo que la boda se

celebró con la munificencia que es la principal característica de los marqueses de Argüelles, en cuyo soberbio palacio de Llanes se festejó el enlace. A la fiesta concurrió lucidísima representación de la nobleza asturiana, y muchas distinguidas personalidades de la provincia.

A la mañana siguiente, después de ser honrado con la noble hospitalidad de los condes de la Vega del Sella, el conde y yo nos dirigimos á Covadonga, deteniéndonos antes en Cangas de Onís. Quería yo aprovechar las horas que nos restaban de la tarde para visitar la histórica capilla de Santa Cruz, edificada por D. Favila en conmemoración de la batalla ganada por su padre don Pelayo á los sarracenos en el campo de la Cruz, de donde toma su nombre el antiquísimo y pequeño templo. Había yo leído que en él existía el documento auténtico más antiguo del tiempo de la Reconquista, deseaba verlo, y siendo el Conde el dueño de la histórica Capilla, nunca mejor que aquella ocasión para saciar mi curiosidad.

El tranvía nos condujo rápidamente desde Arriondas á Cangas. Al pasar por Villanueva el Conde me dijo:

—Qué lástima que venga usted con tanta prisa, porque podíamos detenernos á visitar el Monasterio que fundó D. Alfonso el Católico. Es curiosísimo, aun cuando está ya detalladamente descrito por todos los historiadores.

—Prefiero visitar la Capilla, que no la co-nozco. El Monasterio de San Pedro de Villanueva, lo he visitado ya en compañía de mi culto y bohemio amigo Enrique Larra.

Y seguimos á Cangas.

Desde la estación nos dirigimos en línea recta al campo llamado de la Cruz, atravesando el río Güeña por un rústico paso de peñas que el Conde, impenitente cazador, salvó con la ligereza de un corzo, y que yo necesité Dios y ayuda para no hacer el ridículo ante unas garridas mozas que ya empezaban á mirarme maliciosamente, como esperando el momento en que iba á zambullirme en la corriente.

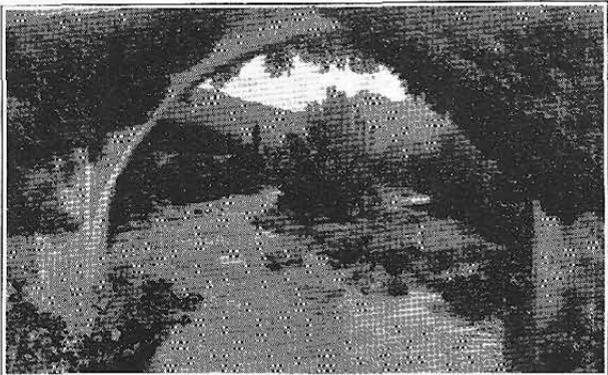
Pronto estuvimos en el memorable Campo. La capilla se alza sobre un montículo, y está edificada sobre un dolmen, que se ve levantando la tarima que cierra una especie de cisterna seca. Con ayuda de una luz pudo mostrarme el Conde el monumento que sirve de cimiento á la Capilla.

En realidad ni la fábrica ni sus añosos muros, ofrecen interés; pero no ocurre así con la lápida de piedra que en la parte norte y al lado del Evangelio, á una altura que no permite distinguir los caracteres en ella gra-

bados, está embutida en la pared. Mediante una escalera lo-
gré contemplar de cerca aquella
antiquísima escritura.

La lápida tiene una inscrip-
ción en latín bárbaro, que tra-
ducida dice así:

«Esta santa máquina se le-
vanta por inspiración divina;
este templo en su obra hermo-
sa, resplandezca manifiesta-
mente en la devoción cristiana,
con sagrados presidios, mani-



Paisaje en Cangas de Onís

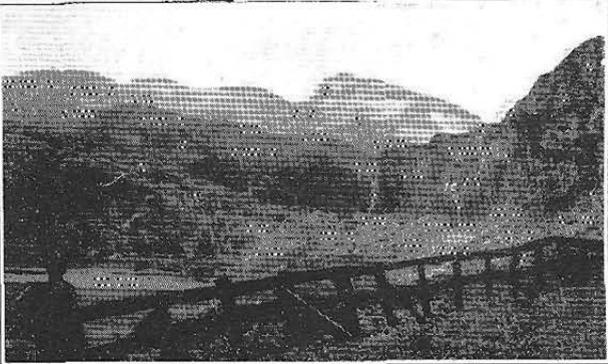
lugar, como altares consagrados
á Cristo Señor Nuestro. Fecha
á trescientos años del tiempo y
en la sexta edad del siglo (que
es el año de la creación del
mundo, seis mil trescientos
treinta y nueve.)»

Salimos de la capilla, y el
Conde me declaró sus sospe-
chas de que aquel montículo y
la pequeña zona de tierra que



Una carreta del país

festando la señal de la Santa
Cruz. Sea agradable á Cristo
esta iglesia por el trofeo de la
Cruz, la cual su siervo Fabila
edificó en su probada fé con
Froiliuba su mujer, y las pren-
das de sus hijos, los cuales por
tus merecimientos ¡Oh, Cristo!
tengan cumplida gracia y des-
pués de esta vida misericordia
eterna. Dios te conserve en este



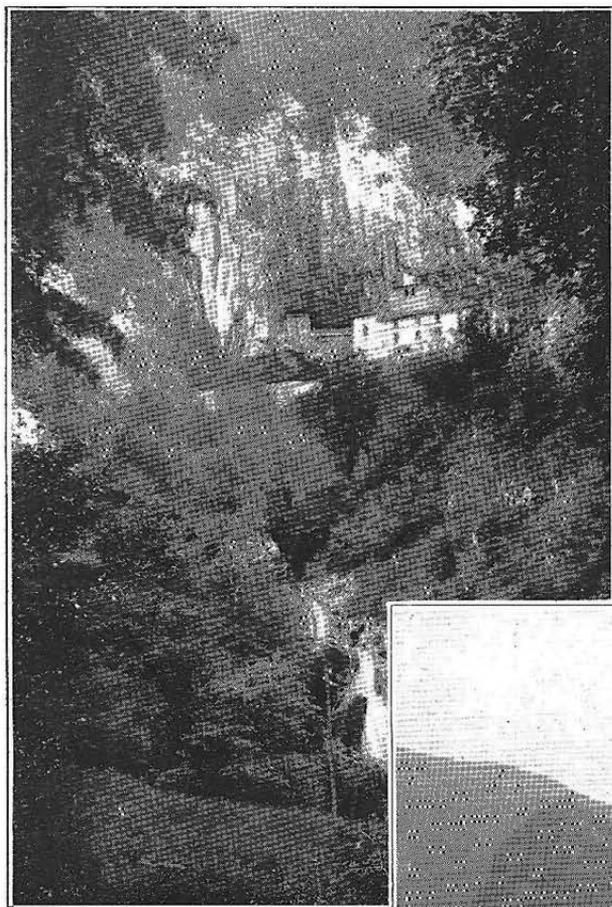
**Los Picos de Europa desde el
Lago Enol**

le rodea, hubiera sido en remo-
tas épocas cementerio romano,
pues en algunas excavaciones
hechas no há mucho tiempo,
habíanse encontrado varios es-
queletos humanos completos
que yacían en hileras regulares,
pero sin ataúd, hallándose en-
tre la tierra removida algunas
monedas romanas.

No sería difícil que el Conde
de la Vega se decida algún día
á proseguir sus investigaciones



Efecto de niebla



Vista de la gruta y hospedería
vieja de Covadonga

arqueológicas, que pudieran muy bien resultar interesantes.

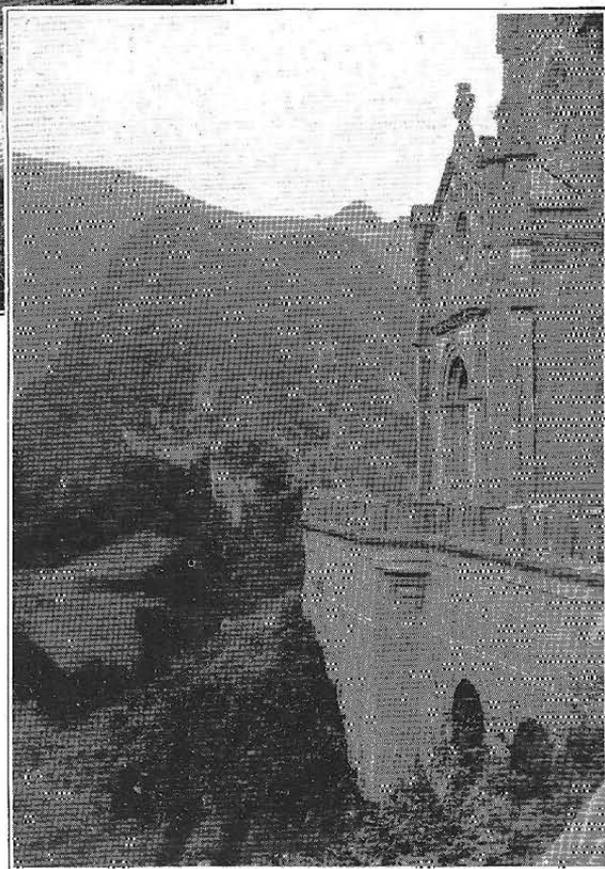
Desde el montículo se divisa un frondoso panorama, y el monte donde está enclavado el histórico pueblo de Suevo. En sus cercanías, cuenta la tradición, fué muerto D. Favila por el oso, y es tal la precisión con que la leyenda señala el suceso, que hasta se sabe el punto en que el Rey fué sorprendido y despedazado por la fiera. Allí se conservaba hasta el año 1857 una cruz de madera con una inscripción recordatoria del episodio, que decía: *Un oso mató al Rey Favila.—An. d 730.*

El duque de Montpensier en su visita á Cangas durante el referido año de 1857, mandó

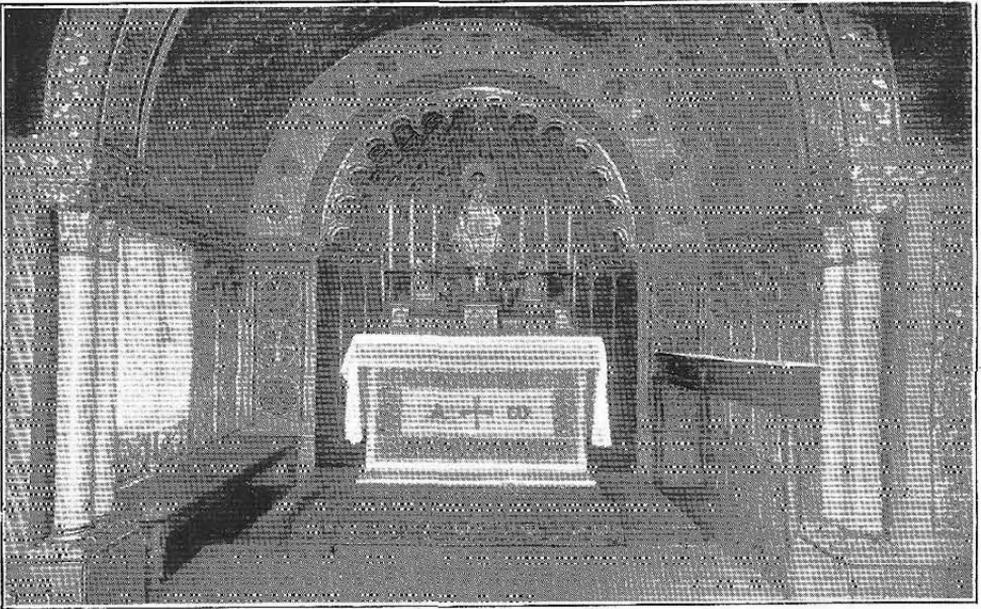
grabar en la roca la misma inscripción, desapareciendo desde entonces la cruz que venía siendo renovada por los de Suevos, desde hace más de mil años.

Regresamos á Cangas y tomamos nuevamente el tranvía que nos llevó en poco más de media hora, hasta el apeadero de Covadonga, desde el cual se ve alzarse imponente y magnífica, la enorme peña, en cuya cúpula se yergue la románica catedral basílica, que proyectara el inolvidable cardenal Sanz y Flores.

Por un tosco camino salimos á la carretera que conduce á la santa meseta. Algunos coches esperan al turista para hacerle más suave la subida. Preferimos hacer el recorrido á pié. Es tan bello, tan augusto el paisaje que



El paisaje de Covadonga desde la Basílica

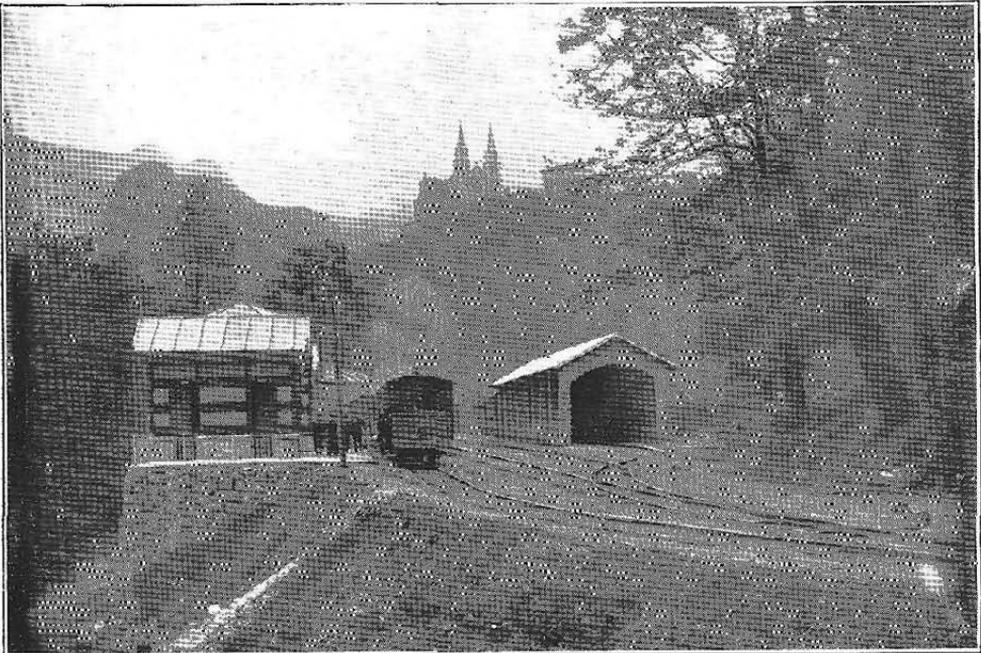


Camarín de la Virgen de Covadonga en la Basílica

me pareció disfrutaría menos de él si me encajonara en el coche.

Y comenzamos la ascensión rememorando las hermosas descripciones que de estos

incomparables lugares se han pronunciado y se han escrito, y mi memoria recordó aquellos sublimes párrafos del elocuentísimo discurso que el Sr. Pidal pronunció en el so-



Estación del tranvía de Covadonga

lemne acto de la inauguración del Centro de Asturianos de Madrid. Yo no puedo resistir mi deseo de resucitar aquella imponderable descripción que de la gloriosa epopeya y del lugar donde se desarrolló, hacía el insigne orador.

Mirad ahora—exclamaba—volved los ojos y escuchad. ¿No oís? Es el rugido de los leones del desierto; es el África que cae sobre nosotros; son las huestes de Muza y de Tarrík; son los soldados de Alkamak, que han pasado las aguas del Estrecho y corren á sangre y fuego España entera. Vedlos llegar; nada les detiene. Europa va á caer en sus manos, y el Korán va á destruir el Evangelio. Mas no; que allí en aquella montuosa región donde anidan las águilas; sobre aquel torrente deslumbrador que se despeña por los riscos; en el centro de aquella peña colosal que rasga las nubes, abre sus negros antros una cueva, y en ella brilla una imagen celestial de la Virgen de las Batallas. A sus piés ora un guerrero, en una mano una cruz, la cruz de la victoria, y en la otra una espada, la espada de Pelayo. En torno de él se agrupan los valerosos montañeses. Ya suena tonante en el espacio la señal de acometer; rasga los aires estentóreo clamor; chocan los cielos y la tierra; el abismo abre sus fauces espantosas; las nubes truenan y se desgajan en diluvio torrencial; el rayo incendia las tinieblas; las montañas vacilan, se derrumban y caen sobre los hijos de Mahoma, y en aquel cataclismo universal de horrores y de prodigios, solo se escucha distinta, sobre los gritos de espanto y de dolor de los vencidos y los estruendos de la naturaleza perturbada, la voz vibrante de Pelayo que, levantando en alto la cruz de toscos leños, apellida á los asturianos é invoca como el grito de guerra en la batalla y como la única esperanza de redención, el santo nombre de Nuestra Señora de Covadonga.»

Todo el vigor que D. Alejandro Pidal pone en su cálida palabra, todo el deslumbrante colorido de que la reviste, el fuego abrasador que de ella brota, es preciso para que el que oye se forme siquiera aproximada idea de lo que es este grandioso retiro de Montsacro y de lo que debió ser aquella sublime epopeya de la Reconquista.

Comentándolo, llegamos á la explanada del Hotel.

Enrique Victorero saliónos al encuentro, no tardando en presentarse el canónigo archivero de la colegiata nuestro querido amigo Alea.

Solo faltan ya dos,—dijo el Conde estrechando cariñosamente entre las suyas las atildadas manos del canónigo:—Acebal y el

Inglés. Y como si las palabras del Conde fueran mágico conjuro, allí aparecieron los dos queridísimos amigos.

D. Ricardo Acebal es uno de los asturianos más conocedores de estos contornos. Ingeniero de montes; prestando muchos años servicio en esta provincia; propietario en las cercanías del lago Enol; turista intrépido, muy amigo del Conde de Saint Saut, y cazador impertérrito, es efectivamente compañero indispensable del que por primera vez se decida á hacer una excursión por estas abruptas montañas. De conversación amenísima, el Sr. Acebal es para el turista un cicerone modelo; él os hablará de Sanz y Forés, de quien fué gran amigo y fervoroso admirador; de Frasinelli, el gran arquitecto y docto anticuario de Schulce; de Labrousche; de Negrín; del Marqués de Pidal, en una palabra, de cuantas personalidades y alpinistas han recorrido y explorado desde Covadonga hasta Peñasanta, el más alto de los célebres picos de Europa, y os contará curiosas anécdotas, que un ribazo, un risco, un precipicio ó una choza despiertan en su privilegiada memoria.

De no menos atractivo personal es Mr. Williams M. Kenzie, á quien los naturales de estos contornos llaman familiarmente «el inglés de Covadonga». Este simpático inglés es el director-gerente de las minas de hierro manganesífero de la Ercina, que cuenta con la instalación eléctrica más completa en su género, de España, para aprovechar el salto de agua de los lagos de Enol y la Ercina, sobre la vega de Comella, donde se levantan los grandes depósitos de la Compañía minera.

Tales fueron nuestros acompañantes en la inolvidable excursión.

Durante la opípara cena Mr. Williams, nos habló extensamente de sus ricas minas, á las que calcula una explotación de 30.000 toneladas anuales por un tiempo mínimo de 30 años.

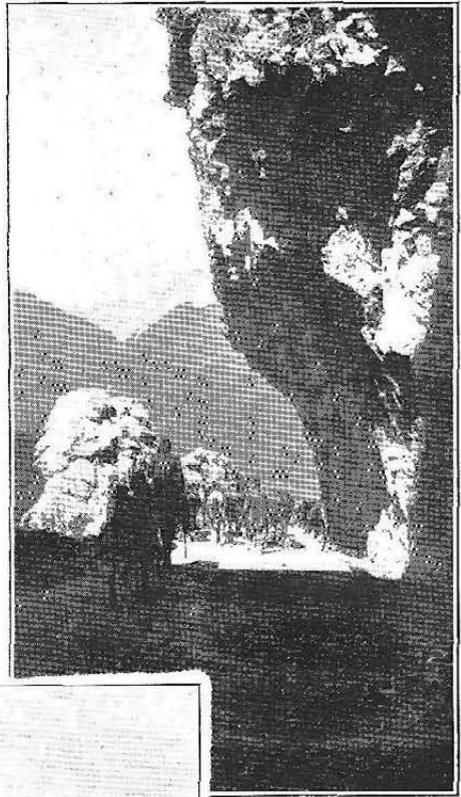
Al siguiente día, muy de mañana, abandonamos todos el lecho, dirigiéndonos á la cueva á visitar la milagrosa *santina*, á la Virgen de las Batallas.

Ante el sepulcro de D. Pelayo, recordó el Sr. Acebal la visita del malogrado rey D. Alfonso XII, siendo Obispo de Oviedo el Cardenal Sanz y Forés, y dijo:

—Siempre que aquí vengo, se me reproduce la emocionante escena que presencié ante la tumba del rey Pelayo, y de la cual fué protagonista S. M. D. Alfonso XII. El obispo preguntó al rey si deseaba ver abierto el sepulcro, y contestándole el monarca que si contenía algunos restos, los venera-



Desfiladero del Sella



Vista desde el túnel de la carretera del Pontón

ría con mucho gusto, dió orden de que se dejara al descubierto el interior de la tumba. Inmediatamente fué cumplida la orden quedando á la vista de S. M. los huesos que, según la tradición, pertenecieron al esqueleto del héroe de la Reconquista.

D. Alfonso tomó un fémur, que por su tamaño acusaba en el rey Don Pelayo una gran corpulencia, y profundamente emocionado lo contempló durante algunos minutos. Comprendiendo el prelado la intensa impresión que aquellos restos cau-



Lago de Enol

saban, en el soberano consiguió distraer la atención de D. Alfonso, que, extasiado, se dejó llevar de la mano el agosto despojo, quedando profundamente pensativo.

Hecha la visita al camarín de la Virgen, proseguió nuestra excursión á los lagos, decidiéndonos por el camino menos cómodo y más largo, pero más pintoresco: el de la derecha del valle, subiendo por encima de la Cueva.

La ascensión resultaba ciertamente penosa, pues se efectúa por roca viva, en la

que el tránsito de infinitos caminantes ha labrado así como una tosca escalera, que en días de niebla, como aquel, sobre ser áspera, es peligrosamente resbaladiza.

Poco á poco fué amortiguándose la conversación, reanimándola cuando llegamos á dominar la peña de Auseba, en la poética vega de Orandi, nombre que atribuyen los naturales á una corrupción de la frase «ahora anda,» que cuentan pronunció D. Pelayo, en este sitio para animar á su corcel.

En esta vega—dijo el Conde—se oculta el río Deva para reaparecer en forma de cascada bajo los pies de la Virgen, después de atravesar toda la peña.

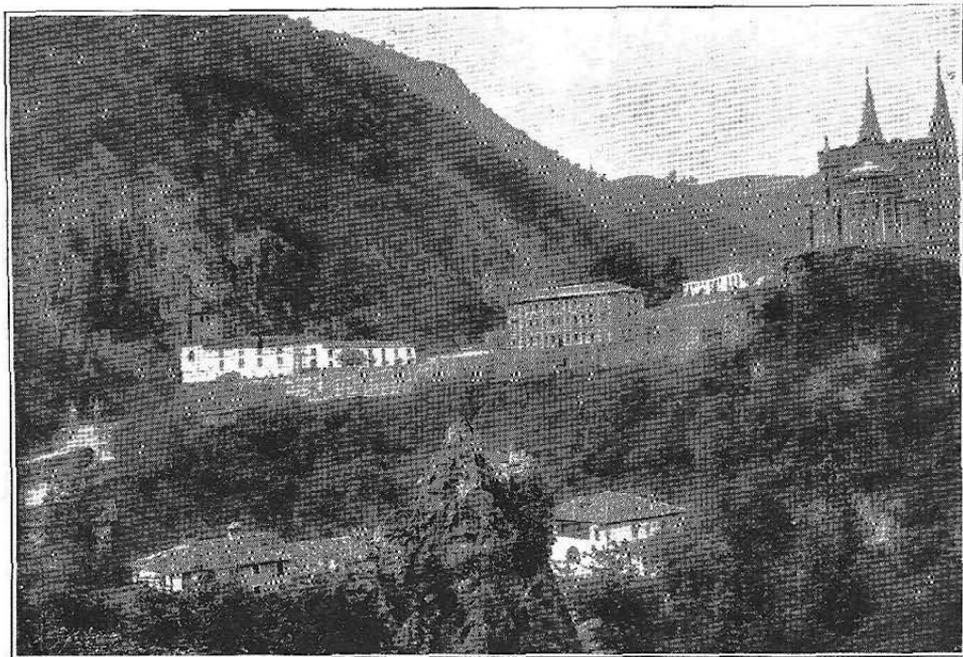
Proseguimos nuestro camino, disfrutando del soberbio paisaje, entrando poco después en la amplia vega de las Mestas; continuamos desviándonos del monte Retortorio, que dejamos á la derecha, llegamos á la majada de Tresllué, en lo alto de la cumbre que lleva su nombre, y allí cambiamos de dirección hacia la izquierda, entrando en la de Severín y atravesando la de Fana, dando poco después vista al lago Enol.

Cuando traspusimos la pequeña colina pedrada, surgió ante nosotros el inmenso anfiteatro que forma el lago, dominado por el enorme mogote calizo, que lleva de nombre «La Porra de Enol» sirviendo de horizonte á tan bella decoración la inaccesible Peña

Santa, de 800 metros de altura y á 2.680 sobre el nivel del mar. Es el verdadero Finisterre, por ser la última tierra de Europa, que divisan desde el mar, los navegantes que marchan á América.

Schulce, que ha vivido tres años por estas montañas haciendo el estudio geológico de los Picos de Europa, publicará muy pronto, si no la ha publicado ya, una obra para tomar parte en las oposiciones á una cátedra de geología de una universidad de Alemania, estudio impuesto por el tribunal examinador. Esto prueba la inmensa importancia que en el extranjero se concede á los Picos de Europa, tan poco conocidos de los españoles; bien es verdad que lo mismo ocurre con todo ó con casi todo lo notable que tenemos en nuestro país. Los únicos escritos que se conocen acerca de esta prolongación de los Pirineos, son de extranjeros, los ya referidos Conde de Saint-Saut, Labrousche y Schulce.

Más que el lago, cuyas aguas oscuras y tranquilas nos daban una impresión de profunda tristeza, nos encantaba y atraía aquel inmenso telón de colosales, misteriosas montañas, escudriñando con los potentes gemelos de campaña el lugar donde cual inmenso suspiro se eleva hasta el cielo el célebre Naranjo de Balnes que se consideró inaccesible hasta que en Agosto de 1904 lo escaló



Vista general de Covadonga

acompañado del famoso guía Gregorio Pérez, el Marqués de Villaviciosa de Asturias, y días después y solo, lo salvaba el doctor Schulce, circundándolo. Esta enorme peña pertenece al grupo oriental de los Picos de Europa y su altura es de ochocientos metros, estando casi rodeada de payorosos precipios, que hacen peligrosísima el escalarla.

En la imposibilidad de poder trasladarnos al Naranjo de Bulnes para contemplarlo en toda su salvaje é imponente belleza, nos decidimos á proseguir nuestra excursión por los lagos.

El Sr. Acebal nos proporcionaba detalles interesantísimos sobre sus particularidades más notables.

Estos lagos, nos decía, tienen once hectáreas de superficie cada uno. El de Enol, según cálculos hechos, aumenta, no por vertedero exterior sino por filtración, un centímetro diario, ó sea, tres metros sesenta centímetros al año.

El más alto es de la Ercina, de modo que podría hacerse desaguar si se quisiera, en de Enol por medio de un pequeño tunel. La sociedad inglesa explotadora de las minas de hierro manganífero, toma de ellos el agua necesaria para la explotación.

Es muy curioso lo que respecto á la existencia de estos lagos nos ilustraba el docto ingeniero.

Sepan ustedes—decía—, que si la industria ó cualquiera otra razón poderosa de conveniencia lo exigiese, podría desaguar un lago ó los dos, si se considerase necesario. La vega de Llagonencia, que afecta la forma de un anfiteatro, si se revistiese de un murete de un metro de espesor, quedaría convertida en lago como lo es hoy el de la Ercina ó el de Enol, y hay motivos científicos para suponer que lo haya sido ya, como su mismo nombre lo indica. Cuando regia esta diócesis el sabio Sanz y Forés, que tantos cariños puso en el santuario de Covadonga, hice yo un proyecto para convertir en lago la vega de Orandi, utilizando el río Deva ó Diva que reaparece en cascada por debajo de la Cueva de Covadonga.

Estas obras son aquí facilísimas, pues la proposita de las montañas contribuye á que se reproduzca el fenómeno del Guadiana. Los ríos en estas desapariciones subitas, pueden ser fácilmente conducidos, recibiendo los lugares por donde se quiera que pasen. De ahí la facilidad de poder suprimir lagos y hacerlos si la reforma fuese requerida por conveniencia de positiva utilidad. Si se llegara á fomentar el turismo por estas pintorescas comarcas, insuperablemente be-

llas, podrían hacerse prodigios sin que desmereciera un ápice la grandiosidad y lo bravío de esta privilegiada naturaleza.

El lago, ó por mejor decir los lagos, tienen también su poética leyenda: *la xana*, que de creer á estos sencillos montañeses vive eternamente en esta gran meseta, habiendo escogido al lago Enol de nocturno asilo.

Nadie á visto á *la xana*, pero cuando huye el Sol lanzando su llamarada postrera sobre el inaccesible pico de Peña Santa semejándole á un inmenso taro rojo, y cae la noche sobre este paisaje de rocas calizas sembradas de miserables matas, y las inmóviles aguas toman los negros tintes de la obscuridad, entonces nuestros montañeses de Covadonga presienten la *xana*, y aseguran que sobre la jaspeada superficie del lago Enol aparece un tronco blanco, muy blanco, fijo, inmóvil, que asemeja un cadáver, pero que en realidad es la *xana*, que se baña para prepararse á hacer sus correrías por las majadas, aterrando á los pastores.

La melancólica leyenda nos acompaña hasta la llamada casa de los ingleses, donde se nos tiene preparada una suculenta comida.

Al regresar terminamos nuestra excursión en el auto del Conde por la carretera de Oseja, contemplando la Peña Real, subiendo á Sahagún á la izquierda. Esta peña tiene una hendidura en forma de gigantesca R que en el período de las lluvias se destaca poderosamente por el desarrollo que alcanza la hiedra que en ella nace.

Muy de noche, nos restituíamos á la Abadía, donde impaciente, nos esperaba el buen amigo Alea.

—¿Qué tal la gira? Nos preguntó.

—Admirable, le respondí. Solo falta que la Colegiata pueda en día no lejano reunir en estos sitios aquellas comodidades que inviten al turista á visitarlos.

El canónigo me hizo oír acentos de profunda y legítima esperanza:

—Puede usted asegurar que no tardaremos en instalar el funicular que enlazará con el tranvía de vapor. La Colegiata cuenta ya modernísimo y cómodo aposentamiento y si mi próximo viaje á Cuba para hacer propaganda en favor de este Santuario produce el resultado que esperamos de nuestros entusiásticos paisanos de América, yo le aseguro que Covadonga atraerá más peregrinos y turistas que ningún otro del mundo.

Al siguiente día, pergeñadas ya estas notas, me despedí de mis compañeros de excursión, y al hacerlo del canónigo, le dije correspondiendo á su cariñoso apretón de manos:

Bien merece Covadonga los patrióticos desvelos de ustedes; se han congregado aquí las más soberbias maravillas naturales, y la fé ha elegido tan augusto lugar para templo. Si llegan ustedes á emplear bien su esfuerzo y atraer á estos santos sitios, á estos deliciosos parajes, á creyentes y turistas, no

habrán hecho sino mostrarse agradecidos con la Naturaleza que les ha regalado con esplendidez soberana, sus más sublimes bellezas.

EMILIO GARCIA DE PAREDES

Oviedo.